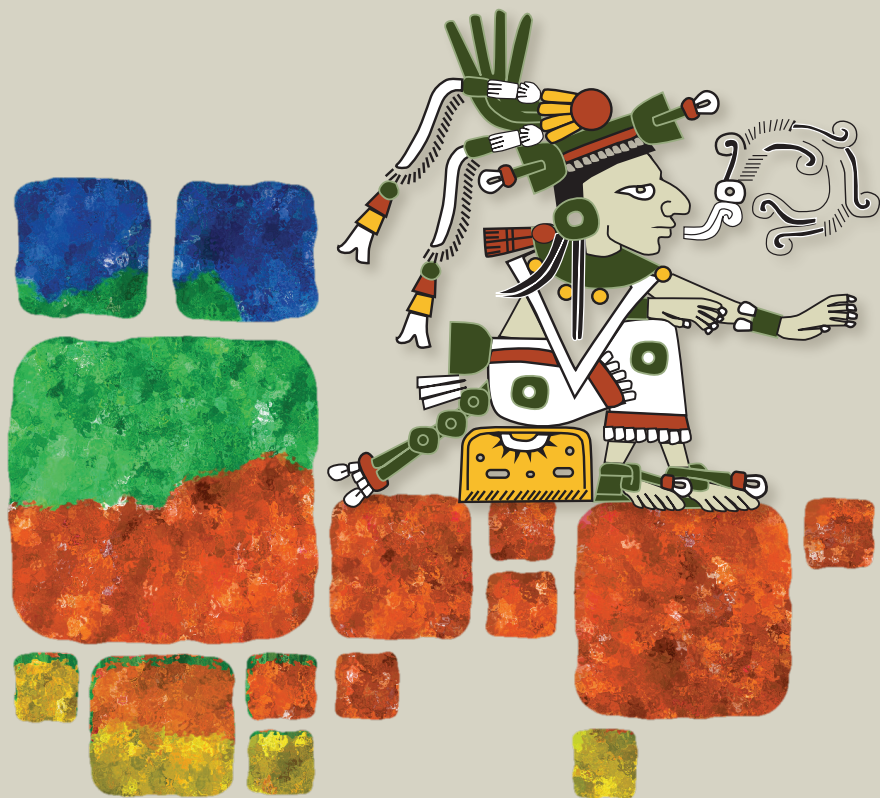


México, país de las maravillas

# Cantos y cuentos por nuestra naturaleza





Cuentos ganadores del concurso

México, país de las maravillas

# Cantos y cuentos por nuestra naturaleza



**CONACULTA**  
Fonoteca Nacional



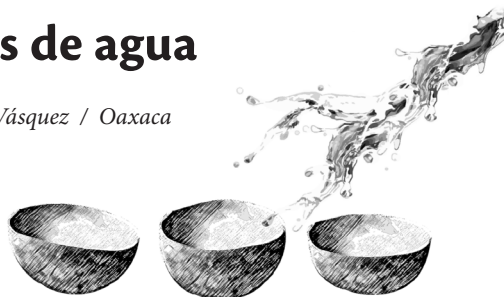
Disponibles en:

<http://www.biodiversidad.gob.mx/Difusion/musica.html?id=3>



# Las jícaras de agua

*Julio César Gallardo Vásquez / Oaxaca*



Contaban los abuelos de mis abuelos una historia sobre cómo había llegado el día en el que los ancianos creadores y dadores de vida habían reunido a los bosques y las selvas, para repartirles el agua que guardaban en una olla de barro. La primera en llegar fue la selva seca, pero no quiso pasar de inmediato a ver a los ancianos, pues había decidido esperar a su amigo el desierto, quien vivía muy lejos del lugar de reunión.

Entonces pasó primero la selva húmeda. Los ancianos tomaron una gran jícara, la llenaron de agua y se la entregaron. La selva húmeda agradeció a los ancianos y volvió feliz a las planicies y cañadas del sur donde vivía. Allí creció muy alta y vigorosa, y se llenó de aves y muchos otros animales bulliciosos que llenaron de algarabía el silencio de la selva.

El siguiente en pasar fue el bosque de niebla y a él también le dieron una jícara rebosante de agua. El bosque salió agradecido y regresó a su hogar en las altas montañas del oriente. Se cubrió de una blanca y fría sábana de nubes y acudieron a él las aves del más bello plumaje que haya existido.

–Es tu turno– le dijeron a la selva seca sus hermanos, el bosque de pino y el bosque de encino. Pero la selva seca no quiso pasar porque su amigo todavía no llegaba. Otra vez cedió su lugar y los hermanos pasaron juntos a ver a los ancianos. A esas alturas los ancianos se habían dado cuenta que el agua restante en la olla no sería suficiente para todos y así se lo hicieron saber a los hermanos.

–No importa– dijeron ellos, –pueden darnos una sola jícara para los dos, nosotros la compartiremos–. Los ancianos estuvieron de acuerdo, llenaron una jícara y se la dieron a los hermanos. Ellos volvieron a las tierras en las que vivían, y desde entonces, siempre se les encuentra juntos. Los venados, lobos, osos y otros animales que gustan del viento frío los acompañaron y poblaron sus montañas.

Finalmente había llegado el desierto, así que la selva seca se presentó con él ante los ancianos. Los ancianos estaban preocupados, habían sido muy dadivosos al principio, pero ahora veían que sólo quedaba agua suficiente para una jícara más y decidieron que sería para la selva seca por haber sido la primera en llegar. –No– dijo la selva seca, –a mí denme solo media jícara; la otra mitad será para el desierto–.

–Si esa es tu decisión...– contestaron los ancianos, y repartieron el agua restante en dos jícaras. Al salir el desierto se despidió de su amiga, quien tranquilamente se dirigió a su hogar en las lomas y planicies de occidente, y él partió a las lejanas llanuras del norte. Pero el camino era tan largo

y hacía tanto calor que cuando llegó, de la media jícara que tenía, sólo le quedaba muy poca agua. Aun así, el desierto fue feliz y estuvo por siempre agradecido de la generosidad de la selva seca. Al desierto solo lo acompañaron los animales más valientes.

–¿Qué haremos con la selva seca?– se preguntaban los ancianos, –Ha sido muy generosa con sus amigos y no es justo que sólo tenga media jícara de agua–. Después de discutirlo, volvieron a llamar a la selva seca y le dijeron: –Ya que has sido muy noble, hemos decidido que tu jícara nuevamente se llene de agua, pero para que esto ocurra, deberás sacrificarte y dormir durante seis meses y cuando despiertes, tendrás suficiente agua para dar de beber a tus plantas y animales–. La selva seca dudó, pensó en sus habitantes y en que el agua no era suficiente para todos, y entonces aceptó. En ese instante cayó en un profundo sueño.

Desde entonces, la selva seca duerme durante medio año y los árboles le llevan flores de vistosos colores esperando a que vuelva de su sueño. Y cuando caen las primeras gotas de lluvia en verano, la selva seca despierta y cubre de verdor los montes en los que vive y los arroyos vuelven a correr en las barrancas, las cotorras y demás aves revolotean y los animales recorren los viejos caminos. La selva seca entonces sonríe, sentada tranquilamente frente al mar. ~

# La primavera (Patokgtokg)

*Eduardo Alberto Sánchez Domingo / Veracruz*



Hace muchos años cuando el pueblo Tutunaku empezó a habitar la zona del Totonacapan, existía una gran cantidad de animales, aves y muchos árboles. Los dioses quedaban maravillados particularmente con el sonido de las aves. El gran dios del trueno dio órdenes para crear una escuela para perfeccionar el canto de las aves, pero solo podían asistir las que tenían un plumaje hermoso y elegante, pero entre ellas vivía una familia de pajaritos de plumaje café opaco.

Un día la pajarita de esta familia volaba en busca de comida y al pasar por la escuela, escuchó hermosos cantos y unas melodías que no conocía. Se detuvo a observar cómo enseñaban a las aves. Ella escuchaba con mucha atención cada explicación de la maestra de canto. Al llegar a su hogar le pidió a sus papás que la inscribieran a esa escuela. Ellos le dijeron que eso no podía ser porque sus plumitas eran muy humildes y de color café opaco. La pajarita se sintió muy triste porque ella quería aprender a cantar, pero también entendió que los dioses nunca aprobarían que una pajarita con tan poca belleza cantara para ellos.



Todas las tardes la pajarita pasaba por la escuela de canto; a lo lejos se sentaba a escuchar las clases, y por las noches practicaba lo aprendido. Pasaron los meses y la pajarita cantaba con una hermosura que cautivaba a sus papás y a los de su especie. Cuando terminaron las clases en invierno, fueron invitados a participar en un concurso de canto. Llegado el equinoccio de primavera todas las aves se dieron cita y se inscribieron al concurso. La premiación consistía en ser nombrada *Ave de la primavera*, y su canto *el deleite de los dioses*. Los padres de la pajarita se sintieron muy tristes porque sabían que ella tenía el don del canto pero, por su plumaje, no podía participar. Así que reunieron a las aves de su especie y se presentaron ante el dios del trueno para pedirle que la inscribiera al concurso, y que los dioses como jurado decidieran si tenía o no la capacidad para ganar. Ante la insistencia de éstos, el dios aceptó que la tan aclamada pajarita café participara, ya que estaba convencido de que si no había asistido a una escuela de canto, no podía cantar tan bonito.

Inició el festival de la primavera y comenzaron las participaciones, pero ninguna de ellas era del agrado de los dioses. La última en cantar fue la pajarita café. Al hacer acto de presencia, todas las aves se burlaban de ella y se reían de su apariencia; ella no hizo caso alguno y empezó a cantar. Toda la multitud calló porque aquello era un canto celestial, el más hermoso canto que los dioses habían escuchado. Cuando terminó, todos aplaudieron y los de

su especie estaban orgullosos de ella, los dioses dieron su veredicto y la ganadora del concurso fue la pajarita café. Pero le preguntaron ¿quién le había enseñado tan bien? Ella contestó –yo aprendí a cantar cuando pasaba por la escuela de canto y me detenía a escuchar las clases. Comencé a practicar en casa y así aprendí a cantar–. Al escuchar esto los dioses, en premio de su capacidad y perseverancia le otorgaron el título de *Primavera*, también le dijeron que le regalarían las plumas más finas y hermosas, pero ella no aceptó. Les dijo a los dioses que ella estaba feliz con sus plumitas, y lo que quería era enseñarles a las aves de su especie a cantar igual que ella. Los dioses aceptaron la petición de *Primavera* con la condición de que ella y las de su especie fueran las aves que anunciaran el cambio de estación y que su conocimiento del canto se pasara de generación en generación. En nuestros días las seguimos escuchando y nos deleitamos con su canto, así como un día lo disfrutaron los dioses del Totonacapan. ~

# Ximena y el maguey

*Manuel Sánchez Briones / Nuevo León*



Ximena era una niña de cabellos rizados negros como la noche del verano. Vivía con sus padres en un pueblito del desierto de Sonora. Su padre salía todos los días a la ciudad para trabajar. Ximena iba a la escuela por las mañanas, y por las tardes se paseaba por el desierto antes de llegar a su casa. El desierto era brillante como monedas de oro. Se llevaba sus maracas para cantarle a los cactus, saguaros y cuanta cosa con vida había en el desierto.

Un día caminando hacia a su casa, ella iba cantando una canción alegremente, cuando vio a una pequeña planta de maguey que le habló y le dijo: –Necesito un poco de agua–. Ximena, sorprendida, se acercó y le preguntó: –¿Cómo es posible que puedas hablar?– Y el maguey contestó: –Las plantas somos seres vivos, hablamos de vez en cuando pero no mucho–. Ximena sacó de su mochila un bote con agua y lo vertió sobre su tronco. –Gracias– le dijo el maguey. Luego estiró una de sus pencas, como si fuese una mano humana, y arrancó de otra de sus pencas una espina y una especie de hilo y se lo regaló. –Esto le servirá a tu madre para que

te haga un vestido–, le dijo el maguey. Ximena tomó el obsequio y caminó hacia a su casa.

Al día siguiente, la madre de Ximena le pidió que fuera a comprar miel. Ximena llegó a la tienda y se dio cuenta que había perdido el dinero. Regresó triste por el desierto y se encontró nuevamente con el maguey, y éste le preguntó:

–¿Porqué estás tan triste?

–Porque mi madre me dio dinero para comprar miel y lo perdí.

–No te preocupes, toma una piedra y haz un agujero en mi tronco, saca el líquido que hay dentro y llévalo a tu casa, caliéntalo y tendrás algo tan dulce como la miel.

Ximena raspó el tronco hasta hacerle un pequeño agujero por donde vio un líquido de color claro amarillo, cogió su botella y lo tomó, luego lo guardó y al llegar a su casa le explicó todo a su madre. Calentaron el líquido y obtuvieron, tal y como le dijo el maguey, algo tan dulce como la miel.

Un día el padre de Ximena se enfermó. Se sentía muy débil, le faltaban fuerzas y no había ido a trabajar, por lo que el dinero para comprar comida se les iba acabando. Ximena cantaba triste con sus maracas por el desierto ante esta situación y le platicó al maguey; entonces éste le dijo: –Toma una piedra, rasca en mi tronco y saca de nuevo el líquido que le llevaste a tu madre, pero esta vez no lo calientes, dáselo de beber a tu padre–. Ximena sacó su bote y lo llenó.

Se dirigió a casa y se lo dio de beber a su padre. A las pocas horas su padre se levantó de nuevo y Ximena le explicó que el maguey se lo había regalado. Luego fueron todos a cantarle al maguey, y su padre se llevó un tambor, y Ximena sus maracas. Y desde aquel día en que Ximena le dio de beber al maguey, se hicieron amigos, y el maguey le daba a Ximena regalos que había dentro y fuera de él. ∞

# Xólotl

*Nicolás Carlos de Anda Hernández / Morelos*



Había una vez un ajolote llamado Pepé, que contento nadaba en un lago y se creía el más feliz de ese lugar. A su alrededor conocía a peces, ranas y caracoles. Convivía y jugaba con ellos y creía que todos eran iguales a él. Nunca se había visto en un espejo, y es que dentro de los lagos no hay espejos. Tenía algo como aletas a sus costados y así eran los peces; tenía patas como las ranas y se escondía en las piedras como los caracoles, luego entonces pensaba: –Soy casi como ellos–. Por lo tanto, podía jugar a las escondidillas, a las carreras y a nadar.

Un día escucho que estaban cuchicheando acerca de él en voz baja.

–¡Qué feo es Pepé! Y ni cuenta que se da. Parece un monstruo–. A partir de entonces se dedicó a buscar respuestas, para que le explicaran porqué decían que él era feo y diferente.

Primero preguntó a un caracol: –Hey amigo, tengo una duda, ¿soy igual que tú?– El caracol detuvo su lento andar y le dijo: –No lo creo, yo tengo una concha en donde vivo y

me escondo y antenas para sentir alrededor, tú no. Además hay muchos como yo y yo sólo conozco uno como tú-. Entonces Pepé preguntó: -¿Y soy feo?-. A esto, el caracol se encogió y siguió deslizándose.

En segundo lugar le preguntó a un cardumen: -¡Hey! deténganse- les gritó,-Tengo unas dudas: ¿soy igual que ustedes? y ¿creen que soy feo?-. Los peces comenzaron a nadar a su alrededor y después de marearlo le dijeron: -Digamos que no eres feo, sino raro, y definitivamente no eres igual a nosotros. Tú no tienes escamas, ni respiras por branquias. -Gracias- contestó Pepé.

En tercer lugar fue a una rana que jugaba a entrar y salir del agua. Pepé se acercó e hizo la pregunta: -Tengo unas dudas: ¿Soy igual que tú? y ¿crees que soy feo?-. La rana se le quedó viendo y le dijo: -Croac, bueno... iguales no creo, pero me parece que parientes sí, y feo... un poco. Pepé entonces sabía que era diferente y quizá un poco feo, pero debía haber otros como él. La rana le aconsejó que fuera a ver a la reina del lago y que le preguntara, seguro ella le sabría contestar.

Pepé se dirigió pronto a donde la reina siempre estaba, y con todo respeto como todos hacían, le dijo: -Reina del lago, tengo preguntas-. Ella le contestó: -Hazlas. -¿Soy igual que los demás?, ¿cree que soy feo?, ¿hay otros como yo?

–Son varias tus preguntas– y contestó: –Si quieres saber si eres como un caracol, un pez o una rana, no eres igual. Cada uno de ustedes es lo que es. Si quieres saber si eres feo, el nombre que te dieron las aguas, fue el de *axolotl* que significa monstruo de agua, pero yo te digo que monstruo no eres, sino diferente. Y en cuanto a otros como tú, tendrás que buscar mucho, porque quedan muy pocos como ustedes. Tu especie se está acabando y con suerte los encontrarás, entonces esto te hace único.

Pepé agradeció a la reina sus sabias palabras y nadó pensando –¡Hum! ¿Cómo sabré que he encontrado a otros de mi misma especie?

Moraleja: los ajolotes están desapareciendo, solo existen en México en algunos lagos, como el de Xochimilco, y si no nos aplicamos, podrían desaparecer en cinco años.

Y aunque todos podemos tener cosas parecidas, todos somos diferentes, no importa si somos de la misma especie. ∞



# El Lirio \*

Roxanna Erdman Lango / Distrito Federal

\* Muchas plantas acuáticas llevan el nombre común de *lirio*. En este cuento se trata del lirio acuático (*Eichhornia crassipes*), especie introducida de Sudamérica en México, causante de graves problemas ecológicos.



Hace mucho tiempo, el lirio compartía la orilla de un lago con juncos y patos, pero se mantenía discretamente aparte. Callado, desde tierra firme miraba bullir la vida a su alrededor, envidiando la osadía de los juncos que siempre estaban organizando apuestas a ver qué tallo se animaba a adentrarse más en el líquido. Ranas y peces celebraban la osadía recorriendo el laberinto de vegetación sumergida.

El lirio guardaba silencio. No aprobaba aquella intromisión en el agua tranquila. Al lirio le gustaba observar las tímidas incursiones de los patitos, y hasta sonreía disimuladamente cuando, sorprendidos, perdían el piso y comenzaban a patalear para mantenerse a flote en el agua mansa.

Cosa muy distinta era ver a los patos crecidos, que de tanto en tanto metían la cabeza polvorienta en el agua o batían

con fuerza las alas, dejando tras de sí un reguero de plumas inservibles. El lirio no tenía más remedio que presenciar la escena decenas de veces todos los días, hasta que el sol se ponía y los dichosos patos se iban a dormir.

Pero con la noche no acababan sus angustias. Tan pronto oscurecía, una horda de animales se acercaba a calmar la sed. Los mapaches incluso se daban el lujo de lavar furtivamente su comida en el agua limpia.

El lirio se pasaba horas en vela, observando los atropellos, sufriendo en silencio y conteniendo la ira a duras penas. ¿Qué podía hacer para evitar que las alimañas quebraran la límpida superficie con sus chapaleos, piruetas y zambullidas? ¿Cómo podía evitar que ensuciaran el agua cristalina? ¿Acaso era el único que atestiguaba cómo la comunidad se regocijaba a expensas del agua impoluta y le robaban la calma y la transparencia?

De tanto rumiar reproches, un buen día el lirio logró ser escuchado.

–Oye, tú, bestezuela inmunda– le dijo a un tapir que bebía despreocupadamente, –¿no crees que ya tomaste suficiente? Tienes tierra en el hocico, y mientras más te tardas en beber, más se disuelve tu mugre en el agua.– Sobresaltado, el tapir se fue corriendo.

Viendo el poder de sus palabras, el lirio se envalentonó y pretendió regular la conducta de los animales en el agua. –A ver, ustedes, grullas polvorientas, ya estuvo bien por hoy; ¡ahuequen el ala! ¡Menos chapoteos, ranas, que esto no es una alberca! ¡Quisiera ver el día en que antes de meterse al agua tuvieran la decencia de limpiarse las patas! Oigan, ¡bájénle al volumen de sus graznidos! ¡Eh, tú!, ¡deja de meter tu viscosa lengua en el agua! ¡Mira viento, te estás pasando eh! ¡Vete a hacer ondas a otro lado!

Animales y plantas suspiraban con fastidio y procuraban alejarse del tirano vegetal. Hartos de las amonestaciones del lirio, los juncos protestaban:

–Ay, oye, ni que le hicieran daño al agua. Déjalos en paz y ocúpate de tus asuntos. ¡Te estás poniendo más verde del puro berrinche!

– ¡Cállense! Ustedes no me dirán a mí la forma de cuidar el agua. Primero vuelvan a la orilla, que es donde deben estar, aprendan a comportarse y después ajustamos cuentas.

–¿Y si no, qué?, ¿acaso piensas desterrarnos? Eres un simple lirio, ¡deja de amenazarnos! ¡Eres ridículo!

Verde de ira, el lirio no dijo más, pero urdió un plan. Por las noches se concentraba en estirarse lo más posible, hasta que una mañana los juncos amanecieron cercados por una red de follaje. Varios días duró la pugna entre los dos vegetales, pero al final el lirio ganó la batalla y los juncos tuvieron que replegarse.

Animado por su victoria, el lirio continuó la urdimbre hasta que logró crear un ribete alrededor del lago. Poco a poco, los cuadrúpedos dejaron de acudir al agua a beber. La maraña de lirio les impedía acercarse, y aunque algunos habían intentado abrirse paso hincándole el diente, no lo habían conseguido.

El lirio guardaba silencio de nuevo. Necesitaba toda su concentración para seguir extendiéndose y ahuyentando a los seres que tanto le molestaban.

Sólo a las ranas parecía no importarles la nueva condición del hábitat; al contrario: saltaban felices sobre las hojas del lirio para atrapar por docenas las moscas que ahora siempre revoloteaban sobre el lago, atraídas por el olor a podredumbre que crecía al mismo ritmo que el manto verde.

Los peces se armaron de valor y se acercaron a la superficie para negociar, porque se estaban quedando a oscuras. El sol ya no alcanzaba las profundidades y muchos habían muerto por el cambio de temperatura. En la penumbra, los restos se descomponían lentamente, emponzoñando el ambiente.

Pero el lirio, indiferente, siguió su concienzuda labor de expansión. Por fin disfrutaba de la tranquilidad que había anhelado; ya podía descansar de noche sin preocuparse porque los merodeadores anduvieran metiendo sus pezuñas y sus bigotes en el agua, en *su* agua.

Y así llegó el día en que cubrió por completo el lago. Donde antes resplandecía el agua cristalina, devolviendo guiños luminosos cada vez que el aire rizaba la superficie acuática, ahora verdea un impasible mar de lirio. Donde antes la vida bullía en decenas de formas, una fronda vigila implacable la quietud.

De cuando en cuando el lirio le ofrece al agua, a *su* agua, algunas flores para halagarla. No se ha dado cuenta de que ella se ha quedado ciega y muda bajo su abrazo vegetal. ∞



CONABIO

COMISIÓN NACIONAL PARA EL  
CONOCIMIENTO Y USO DE LA BIODIVERSIDAD

<http://www.conabio.gob.mx>

<http://www.biodiversidad.gob.mx>

*Diseño, formación e ilustraciones*

Bernardo Terroba Arechavala



